

CRISTINA CABONI

*La estela*  
de los  
*perfumes*

*Traducción:*  
TERESA CLAVEL



MAEVA

«Dime mujer dónde escondes tu misterio  
mujer agua pesada volumen transparente  
más secreta cuando más te desnudas  
cuál es la fuerza de tu esplendor inerme  
tu deslumbrante armadura de belleza...»

—Tomás Segovia

*A todas las mujeres de mi vida:  
mi madre, mis hermanas,  
mis hijas, mis amigas.  
Este libro es para vosotras.*

«La felicidad no es sino el perfume de nuestra alma.»

–Coco Chanel

# Prólogo

*Palo de rosa. Dulce, afrutado, con leves toques especiados.  
Es el perfume de la confianza, de la serenidad.  
Evoca el dulce dolor de la espera y de la esperanza.*

—Venga, cierra los ojos.

—¿Así, abuela?

—Sí, Elena, así. Y ahora haz lo que te he enseñado.

Con las manos apoyadas en la mesa, en penumbra en el centro de la habitación, la niña mantiene los ojos cerrados. Los finos dedos se deslizan por la superficie y se agarran al borde redondeado, delante de ella. Pero no son las esencias conservadas en los frascos que cubren la pared lo que percibe con más fuerza.

Es la impaciencia de su abuela. Es el olor de su propio miedo.

—Bueno, ¿qué?

—Lo estoy intentando.

La anciana aprieta los labios. El olor de su rabia es acre, recuerda el último humo que retiene la leña cuando casi se ha reducido a cenizas. Dentro de un minuto, le pegará y se irá. Elena lo sabe, debe resistir un poco más, solo un poco.

—Esfuérzate, debes concentrarte. ¡Y te he dicho que cierres los ojos!

La bofetada apenas le desplaza el pelo. Falsa, como todo lo demás. Como las mentiras que le cuenta su abuela y como las que Elena le dice a ella.

—¡Bueno, dime qué es!

Se ha cansado de esperar y ahora le pone delante de la nariz una botellita llena de esencia. Pero lo que ella desea no es una simple respuesta. Quiere otra cosa. Algo que Elena no tiene ninguna intención de darle.

—Romero, tomillo, verbena.

Otro bofetón.

Las lágrimas le abrasan la garganta. Pero no cede y, para armarse de valor, empieza a canturrear.

—No, no. Así no encontrarás el Perfume Perfecto. No te quedes fuera. Entra, búscalo... Forma parte de ti, debes sentir lo que te sugiere, debes comprenderlo, debes amarlo. Inténtalo de nuevo, ¡y esta vez concéntrate!

Pero Elena ya no ama los perfumes. No quiere ver el césped junto al río adonde su madre la llevaba de pequeña, nada más salir del pueblo. No quiere oír el rumor de la hierba tierna que crece, ni el del agua que fluye. No quiere notar los ojos de las ranas que la miran bajo el cañaverol.

Cierra de nuevo los párpados y aprieta los dientes, decidida a mantenerlo todo fuera. Pero en aquella negrura a duras penas salpicada de blanco salta una chispa.

—El romero es blanco.

La abuela abre mucho los ojos.

—Sí —murmura mientras la esperanza enciende su mirada—. ¿Por qué? Háblame de él.

Elena abre la boca al tiempo que deja que las emociones se le cuelen dentro y le llenen la mente y el alma.

El romero es ahora un color. Lo nota en la punta de la lengua, la recorre por debajo de la piel, produciéndole largos estremecimientos. El blanco cambia, se convierte en rojo y luego en morado.

Entorna los ojos, asustada.

—¡No! ¡No quiero! ¡No quiero!

La abuela, petrificada, la mira irse corriendo. Con el semblante sombrío, mueve la cabeza y se sienta en un taburete. Después de dejar escapar un largo suspiro, se levanta y abre los postigos.

La luz fatigada del anochecer penetra en el interior del laboratorio que pertenece a las Rossini desde hace más de tres siglos.

Lucia se acerca al aparador de madera maciza que ocupa toda la pared. Saca la llave del bolsillo del delantal y la introduce en la cerradura. Mientras abre la puerta central, un ligero aroma de hierbas silvestres se mezcla con el olor a vainilla presente en la estancia y, apenas unos instantes después, se suma un fresco perfume de cítricos.

Rodeada por esta sinfonía de olores tan distintos, la mujer acaricia los volúmenes ordenados ante ella; con calma, escoge uno. Lo estrecha contra su pecho un instante y, después de haberse sentado a la mesa de madera pulida, lo abre y lo hojea con cuidado. Sus dedos recorren las páginas amarilleadas por el tiempo, como han hecho innumerables veces en busca del rastro del Perfume Perfecto.

También en ese momento parece que Lucia busque algo. Pero no hay nada en esa escritura ordenada que pueda ayudarle a explicar a su nietecita que el perfume no es una cosa que se elige.

El perfume es la estela. Seguirla significa encontrar la propia alma.

# 1

*Musgo de roble. Intenso, penetrante, ancestral. Es el perfume de la constancia y de la fuerza. Destierra la decepción que oprime el alma cuando la conciencia del error se filtra en las certezas ilusorias. Atenúa la nostalgia de lo que podía ser y no ha sido.*

Aquel olor que subía del Arno era seco. Sabía a harina enmohecida, nauseabundo como la desilusión que se agitaba en su interior.

Elena Rossini se apretó los brazos en torno al pecho y retrocedió. Frente a ella, el río corría a duras penas, mermado su caudal por un verano seco en el que la lluvia había sido infrecuente.

—Ni siquiera hay estrellas —susurró para sí, después de haber dirigido una larga mirada al cielo.

No obstante, un destello de luz iluminaba de vez en cuando la noche templada de septiembre y hacía brillar la superficie cromada de los candados del amor. Estaban agrupados en el enrejado del parapeto como los pensamientos que se amontonaban uno sobre otro en su mente.

Alargó la mano y acarició con el índice uno de esos objetos que representaban para los enamorados auténticos pactos confiados a la eternidad, en un intento de sustraerlos al deterioro del tiempo.

Matteo había escogido un candado grande y resistente, lo había cerrado delante de ella y había echado la llave al río. Elena todavía recordaba el sabor del beso que le dio inmediatamente después, un momento antes de pedirle que se fuera a vivir con él.

Se puso tensa.

Ahora era su exnovio, su exsocio..., su exmuchas cosas.

Apretó aún más los brazos alrededor del pecho para evitar un escalofrío y echó a andar. Antes de alejarse definitivamente hacia el Piazzale Michelangelo, lanzó un último vistazo a la hilerera de aquellas esperanzas de amor. Si conocía bien a su exnovio, pronto habría otro candado, apostaría cualquier cosa. Uno nuevo, flamante, dorado.

Matteo y Alessia... Alessia, así se llamaba la nueva chef, la mujer que había ocupado su lugar. Y pensar que durante un tiempo Elena, como una idiota, la consideró una amiga... Por un momento los imaginó juntos, inclinados uno sobre el otro, contándose lo que nadie más en el mundo parecía capaz de comprender.

Había sido una tonta, se reprochó.

Debería haberse dado cuenta. Pero Matteo parecía el mismo de siempre, no había cambiado en su relación con ella. Y eso la sacaba de sus casillas. Había sido injusto. No le había dado ninguna posibilidad.

Apretó el paso, como si quisiera dejar a su espalda la escena que había aparecido ante sus ojos esa mañana. Pero era inútil, porque no paraba de volverle a la mente, como un fotograma que se repetía sin fin.

Elena había entrado en el pequeño restaurante que dirigía con Matteo. Normalmente, a esa hora él estaba en la cocina organizando el menú. Sin embargo, al abrir la puerta se encontró ante una escena que la dejó paralizada. Había tenido que agarrarse al marco a causa de la conmoción, porque las piernas no la sostenían.

Alessia y Matteo se pusieron en pie de un salto, tratando de taparse como podían.

Se miraron, desconcertados los tres; el silencio solo lo rompía la respiración jadeante de los dos amantes.

Elena se había quedado sin habla, inmóvil, intentando comprender la escena que acababa de presenciar. Luego, poco a

poco, los pensamientos habían logrado abrirse paso entre la confusión de su mente.

—¿Qué coño estáis haciendo? —había gritado.

Más tarde se arrepentiría de esa frase idiota, hubiera querido decir muchas más cosas y hacer algo muy distinto. La respuesta era obvia. La evidencia le habría saltado a la cara incluso a la mujer más miope, y ella veía perfectamente. Y oía igual de bien.

Matteo, que al principio le había parecido sorprendido, se había puesto hecho una furia.

Si la sangre no se hubiera retirado por completo de sus venas, llevándose todo rastro de humor, Elena se habría echado a reír ante esa escena grotesca. En cambio, se quedó con las manos cerradas y el corazón latiéndole fuerte contra las costillas, ultrajada, indignada, en espera de que él dijese algo.

Matteo, sin embargo, no se había tomado siquiera la molestia de negar. No había habido ningún «cariño, no es lo que parece». Ningún «puedo explicártelo todo».

—¿Qué haces aquí? ¿No tenías que estar en Milán? —le había espetado.

Su reacción la dejó descolocada, como si fuese ella quien tuviera que justificarse. Se había encontrado mal, por eso había vuelto. Pero no había avisado.

Estaba desconcertada, no acababa de entender.

—¿Cómo has podido hacerme una cosa así?

Otra frase equivocada.

Silencio, incomodidad, impotencia y, por último, rabia. Las palabras no habían sido nunca su fuerte y en ese momento habían desaparecido. Apartó entonces los ojos de él para clavarlos en Alessia, como si ella pudiera explicarle lo obvio. Habría querido golpearla, pisotearla con todas sus fuerzas. ¿Acaso no se daba cuenta de lo que acababa de hacer?

Matteo era su novio desde hacía más de dos años. Un día u otro se habrían casado. No es que él se lo hubiera propuesto explícitamente, pero ¿acaso no vivían juntos? ¿Acaso Elena no había invertido gran parte de sus ahorros en ese maldito restaurante?

Y ahora, sus sueños, sus proyectos... se habían volatilizado...  
¡Todo había acabado!

—No te lo tomes así, no sirve de nada. Son cosas que pasan...  
¿Cosas que pasan?

Su indignación había llegado entonces al límite y, en vez de acabar de rodillas, destrozada por la traición, la invadió una rabia feroz que de pronto prendió fuego en su interior.

Un instante después, una cazuela volaba por los aires en dirección a la pareja, que se había apresurado a refugiarse detrás de la mesa. El estrépito del metal contra el suelo marcó el fin de la escena.

Elena dio media vuelta para alejarse de lo que hasta unos momentos antes había creído que era su futuro.

Una risa bastante cercana la arrancó de sus pensamientos, dejando aflorar una reflexión agridulce, apenas un recuerdo, pero que le daba una pizca de satisfacción.

A su abuela Lucia nunca le había gustado Matteo Ferrari.

Ella, en cambio, se había prendado de él de inmediato. Lo había complacido, respaldado, servido... Sí, lo había servido, como pensaba que debía hacer una buena compañera. Nada debía comprometer su relación, así lo había decidido. Las historias carentes de significado, los vínculos sin sentido no iban con ella, nunca le habían interesado de verdad. Matteo era lo que necesitaba. Quería una familia, le gustaban los niños. Y eso para ella era fundamental. Era también el motivo por el cual finalmente lo había elegido y había hecho de todo para mantener en pie su relación sin quejarse nunca.

Pero pese a todo él la había traicionado.

Eso era lo que más le dolía. Por más que se había esforzado, por más que se había implicado, el resultado había sido más que decepcionante.

Había sido un auténtico desastre.

Mucha gente deambulaba por la calle esa noche. El centro histórico de Florencia se iba a dormir al amanecer. Las plazas estaban llenas de artistas, estudiantes y turistas que se paraban a charlar bajo la luz de las farolas o en un rincón más oscuro, adecuado para otro tipo de amistades, mucho más íntimas.

Elena caminaba abandonándose a los recuerdos, inmersa en los olores familiares del barrio de Santa Croce. Conocía hasta el más pequeño desnivel de esas calles, todas y cada una de las piedras redondeadas por siglos de pisadas. El perfil de las casas se recortaba ante su mirada cansada. Los rótulos de los comercios brillaban en la oscuridad. Nada parecía haber cambiado. Era tan curiosa la sensación de placer que le producía ver de nuevo esos lugares que le causó cierto asombro.

Un año, pensó, hacía más de un año que no iba a casa de su abuela. Desde que murió, no había vuelto a poner los pies allí.

Y sin embargo, durante mucho tiempo ese fue su mundo. Había ido allí al colegio y luego había cursado el bachillerato con las mojas de Via della Colonna, a dos pasos de la casa de las Rossini. Desde esas mismas ventanas había observado a las otras niñas jugar.

Ninguna de ellas entendía de perfumes. Ni siquiera habían visto nunca un alambique, ni se les pasaba por la cabeza que la grasa absorbiera los olores. «Esencia», «concreto», «absoluto» o «mezcla» eran palabras carentes de significado para ellas.

Pero todas tenían una madre y un padre.

Al principio había fingido indiferencia. Con el tiempo, no obstante, había empezado a envidiar su mundo ordenado, a desear formar parte de él. Quería ser como ellas.

Los padres de sus compañeras de colegio siempre habían sido muy amables con ella: regalos, invitaciones... No había habido una sola celebración de la que la hubieran excluido. Con todo, aquellas sonrisas nunca habían llegado a los ojos. Elena los había notado vagar sobre ella con prisa, como las tareas de las que hay que librarse cuanto antes. Como los deberes cumplidos y olvidados.

Y entonces comprendió.

El sabor amargo de la vergüenza la había alejado también de aquellas amigas, que parecían no fijarse en la extraña casa donde vivía y en el hecho de que fuera su abuela la que asistía a las representaciones, la que iba a hablar con los profesores. Había otros niños huérfanos, claro... La cuestión era que, a diferencia de ellos, ella sí que tenía madre.

Apartó con furia ese recuerdo. Hacía años que ya no pensaba en esas cosas. Compadecerse de sí misma... ¡Solo faltaba eso!

Se tragó la amargura y apretó el paso. Ya casi había llegado.

A su alrededor, las altas paredes de piedra de los palacetes parecían acogerla y consolarla. El aire, antes templado, se había vuelto frío, mientras que del empedrado subía un olor acre de humedad. Elena lo aspiró esperando el momento en que se uniría al procedente del río.

El olor del pasado, el olor de las cosas perdidas.

Se detuvo delante de un portón macizo. Metió una vieja llave en la cerradura y empujó. Cerró los ojos un momento y enseguida se sintió mejor.

Había vuelto.

Y, aunque era la única cosa sensata que podía hacer, no lograba desterrar una profunda sensación de derrota. Se había marchado decidida a cambiar de vida; sin embargo, estaba de nuevo allí, dentro de esa casa que un día, llena de esperanza, había dejado a su espalda.

Subió la escalera casi corriendo, evitando mirar los dos pasillos oscuros de la planta baja que conducían a las dependencias que tiempo atrás habían sido el laboratorio y la tienda de Lucia Rossini. Se dirigió al baño y, tras darse una ducha rápida, cambió las sábanas y se metió en la cama.

Lavanda, bergamota, salvia. Su perfume flotaba por toda la casa, era penetrante, como la soledad que le oprimía el corazón. Unos segundos antes de ceder al cansancio, le pareció notar que una mano amable le acariciaba el pelo.

A la mañana siguiente se despertó, como siempre, tempranísimo. Se quedó unos instantes inmóvil, mirando el techo con el corazón latiéndole en la garganta. Había dejado los postigos

abiertos, ese era el motivo de tanta luz. El sol inundaba el suelo y la cama. Pero fue el perfume de la casa lo que se abrió paso en el sopor que aún la envolvía.

Se levantó porque no sabía qué otra cosa hacer. Bajó y se sentó en el sitio que siempre había ocupado, desde que era pequeña. Al cabo de un momento miró la mesa de madera pulida y se percató de lo grande que era. Incómoda, se revolvió en la silla. Y no tardó en llegar el silencio. Un oscuro y asfixiante silencio.

—Podría encender la tele —murmuró.

Pero su abuela no tenía, siempre había odiado la televisión. Y, a decir verdad, tampoco a ella le entusiasmaba. Prefería con mucho leer.

Todos sus libros, sin embargo, se habían quedado en casa de Matteo.

Un dolor opresivo le estalló dentro del pecho. Y ahora que todo se había esfumado, sus sueños, sus proyectos, ¿qué iba a hacer?

Miró a su alrededor, perdida.

Conocía todos aquellos objetos, allí dentro todo le era familiar. Estaba encariñada con aquellas cosas viejas y extrañas. Los platos colgados en la pared, los recipientes de barro esmaltado en los que su abuela guardaba la pasta, los muebles que, después de haber remoloneado interminablemente, había tenido que abrillantar infinidad de veces. Debería sentirse menos sola rodeada de aquellos objetos. En cambio, estaba como vacía; vacía y sola.

Se levantó y, cabizbaja, volvió a subir la escalera para ir directa a su dormitorio. Llamaría a Monie, le telefonaría y se lo contaría todo. Lo del cerdo de Matteo y Alessia. Menuda pareja. Reprimió una imprecación. Luego, teniendo en cuenta que estaba sola y no escandalizaría a nadie, comenzó a desgranar un rosario de palabrotas. Las dijo todas, todas las que sabía. Empezó bajito; después, más segura, se puso a gritar. Siguió vociferando hasta que se sintió ridícula, y solo entonces calló.

Un instante después, sentada en la cama, marcó el número. Con una mano, se secó bruscamente la cara. No debía llorar, Monie se daría cuenta. A su amiga no le gustaba la gente llorona, recordó. Inspiró un par de veces mientras contaba las señas.

¿Cuánto tiempo hacía que no hablaba con Monique? Un mes, pensó, quizá dos. Sí, había estado muy ocupada con la dirección del restaurante y las exigencias de Matteo.

—*Oui?*

—Monie, ¿eres tú?

—¿Elena? Cariño, ¿cómo estás? ¿Sabes que estaba pensando precisamente en ti? ¿Qué tal?

No respondió, apretó el móvil en la mano y rompió a llorar.

## 2

*Mirto. Sempervirente, mágico, precioso. Intenso y profundamente aromático. Serena el espíritu, ahuyenta la rabia y el rencor. Es el perfume de la serenidad, de la esencia misma del alma.*

—El perfume es emoción, es una visión que debes traducir en fragancia.

—Sí, abuela.

—Eso es lo que nosotras hacemos. Es nuestra tarea, pequeña. Es nuestro deber, y un privilegio...

Elena baja la mirada. Las palabras de Lucía vuelan como las notas delicadas del jazmín, que primero rozan, aparentemente inocuas, y luego penetran, hipnóticas y prepotentes. No quiere escuchar, no quiere perderse en los sueños que evocan, no quiere seguirlos. El corazón empieza a latirle con fuerza y los colores terminan por abrirse paso en su interior. Ahora son perfumes, se convierten en un cielo lleno de estrellas luminosas.

Es fácil perderse en ellas, es bonito. La hacen sonreír, la hacen sentirse feliz.

No hay realidad o deber. No hay nada que tenga ya importancia, solo los colores, solo el perfume.

—El perfume es el lenguaje, con él hablamos, pequeña. Recuerda, Elena, el perfume es verdad. La única que cuenta realmente. Al perfume no se le miente, el perfume es lo que somos, es nuestra verdadera esencia.

Un zumbido agudo penetró en el sueño de Elena, que se sentó en la cama de golpe, aturdida. Los últimos filamentos del sueño se escabulleron rápidamente. Se pasó las manos por la cara mientras reconocía los objetos y el lugar donde se encontraba. El cargamento de recuerdos se le vino encima, implacable.

Fue un instante, un momento de separación de la realidad en el que no existían ni el tiempo ni el espacio. Luego oyó de nuevo el zumbido del móvil.

Saltó de la cama a trompicones, tenía las sábanas enrolladas alrededor de las piernas. De rodillas sobre las tablas pulidas del suelo, rebuscó en el fondo del bolso con el corazón latiéndole, sordo, en la garganta.

—¿Dónde estás? ¿Dónde narices te has metido? —masculló mientras el contenido del bolso se esparcía por el suelo, rodando en todas direcciones.

Al final encontró el móvil. Cuando leyó el nombre en la pantalla, cerró los ojos y apretó el aparato contra los labios antes de aceptar la llamada.

—Monie... —Tenía voz de recién salida del sueño.

—Elena, pero ¿qué haces? Llevo aquí casi una hora. No puedo creer que te hayas olvidado de que habíamos quedado esta mañana.

—Perdona..., tienes razón. Es que no es un buen momento. —Hizo una pausa y suspiró—. Oye, ¿te importa si lo dejamos para otro día? De verdad, hoy no me siento con ánimos para salir.

—Vale más que llames al cura y hagas que te entierren, Elena. Estoy empezando a pensar en llamar a mi madre y contárselo todo.

—No puedes, prometiste no hacerlo, ¿te acuerdas?

—No, no me acuerdo. Debe de ser el aire de Florencia, el mismo que te ha hecho olvidar que habíamos quedado esta mañana.

Elena negó con la cabeza.

—Se me pasará, Monie... Necesito tiempo.

—¡Ya! No dejaré que te revuelques en la autoconmiseración. Eso no hará que mejore la situación, en absoluto. En cambio, salir podría ser justo lo que necesitas.

Silencio, tras el cual Elena hizo otro intento:

—Quizá otro día, ¿vale?

—No, no podemos dejarlo para otro día —replicó Monique—. Esta tarde vuelo para París, lo sabes perfectamente. Te necesito ahora, Elena. Prometiste que me acompañarías —protestó—. Y además, seguro que te sienta bien. Por lo menos dejarás de dar vueltas como un alma en pena. ¡Te lo juro, Elena, estás volviéndome loca! ¿Dónde estás ahora?

—En casa de mi abuela.

—*Parfait!* Se tarda menos de veinte minutos en llegar a la estación Leopolda. Te espero delante de la verja —dijo, tajante, antes de cortar la comunicación.

Elena miró el móvil, luego se volvió hacia la ventana, por la que entraba un rayo de sol que parecía dividirse en miles de destellos.

Puede que Monie tuviera razón, puede que hubiera llegado el momento de empezar a vivir de nuevo. Salir era un intento tan válido como cualquier otro, y además, quedarse enclaustrada en casa no cambiaría las cosas.

No es que ella tuviera ganas, nada más lejos. Para su tipo de sufrimiento no le supondría ningún beneficio reanudar una relación que, ahora se daba cuenta con claridad, solo había existido porque ella lo había decidido así. No, lo que realmente la devastaba era encontrarse de improviso sin nada. Ningún proyecto, ninguna ambición, ningún pensamiento, ninguna certeza. Salvo el hecho de que su historia con Matteo estaba acabada, muerta y enterrada.

Sí, decidió que, después de todo, salir con Monique no era una mala idea.

—Has soportado cosas peores, Elena —masculló, levantándose para ir al cuarto de baño.

Media hora más tarde entraba en el patio de la antigua estación florentina que albergaba Pitti Fragancias, el evento más importante de perfumería artística internacional. Hacía mucho que no visitaba ese lugar, el reino de las esencias.

Monique fue a su encuentro, le estampó tres besos en las mejillas y la arrastró hasta el interior del edificio. Llevaba un vestido de seda negro, sencillísimo, que había combinado con unos

botines de charol rojos. Alta y esbelta, de una belleza exótica, su pasado de modelo se intuía por los andares sinuosos y rápidos, mientras que sus orígenes aparecían a las claras en la piel de color caramelo y en la mata de pequeños rizos negros que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Calificarla de guapa era quedarse corto.

Mientras andaban una junto a la otra, Elena se observó las chanclas, la falda vaquera y la camiseta rosa de flores, y movió la cabeza con ademán triste.

—Ya he sacado las entradas —le dijo Monique—. Y ponte esto —añadió, tendiéndole una tarjeta de identificación.

—¿Narcissus? —dijo Elena, mirando la tarjeta.

—*Oui*. Ahora eres mi..., ¿cómo se dice? Ayudante, eso.

Sí, ya. Mirándola, nadie pensaría que tenía algo que ver con Narcissus, una de las más prestigiosas tiendas parisinas de perfumería artística. Monique trabajaba allí desde hacía unos años y le encantaba. La tienda más chic de París, como decía siempre.

Chic, justo eso. O sea, no era un lugar donde Elena se sentiría a sus anchas. Ella vestía de forma sencilla y no era nada sofisticada. A pesar de que tenía casi veintiséis años, era menuda como una adolescente, y sus grandes ojos verdes destacaban sobre una piel blanquísima. La larga melena rubia acentuaba todavía más su tez pálida. Con todo, su verdadero punto fuerte era la boca: quizá un poco más grande de lo deseable, pero, cuando se decidía a entreabrir la en una sonrisa, era maravillosa.

Nunca se había preocupado mucho de su aspecto, le gustaba sobre todo lo práctico; y creía haber llegado a un buen acuerdo consigo misma en ese sentido.

No obstante, en ese momento le parecía absolutamente inadecuado. Monique y ella estaban en las antípodas en cuestión de clase y elegancia. Su amiga parecía no percatarse de esos detalles, andaba a su lado señalándole distintos *stands*, ametrallándola a preguntas y escuchando con atención sus respuestas.

Elena miró de nuevo a su alrededor y, con cierto alivio, vio a muchas personas vestidas también de manera informal. Animada, irguió la espalda y la cabeza. A fin de cuentas, lo que contaba de verdad era el porte, ¿no?

Acababan de entrar en el salón central cuando Monique se detuvo de golpe, cerró los ojos e inspiró profundamente.

—Este perfume tiene alma, Elena —susurró—, y yo la quiero. ¿La hueles?

Claro que la olía. Todos la olían. Nadaban dentro de ella, seguían su estela, cada uno inmerso en un olor específico, el que más estimulaba de todos la parte ancestral, la memoria límbica. Eran emociones destiladas, un concentrado de acción y pensamiento a la vez. Evocaban el pasado de modo vívido e inmediato, como si fuera inmune al transcurso inexorable del tiempo.

Mientras Monique se desplazaba entre los *stands* separados por tabiques transparentes, Elena la observaba en silencio. A su alrededor, los perfumes eran intensos y penetrantes. Al poco tiempo, a su pesar, empezó a dejarse envolver por ellos y a analizarlos uno a uno, tratando de adivinar de cuántos compuestos estaban formados y cuáles eran. Llevaba mucho sin hacerlo, es más, durante mucho tiempo había evitado cuidadosamente dejarse cautivar por cualquier cosa que formara parte de ese mundo que era su pasado. Ahora, sin embargo, la tentación de identificarlos adquirió una gran fuerza. Lo pensó y decidió no resistirse a ese súbito interés. Elaboró mentalmente los compuestos, dedujo su pirámide olfativa y la analizó para dejarla a un lado y pasar enseguida a otra. Y se sorprendió sonriendo.

Monique se detuvo delante de unas composiciones de rosas. Elena se acercó sin poder apartar la mirada de aquellos pétalos de matices únicos. Había encontrado la fuente de su tormento y de su alegría: la rosa centifolia de Grasse. Cuando era pequeña, el trabajo de su madre, Susanna, la había llevado a recorrer el mundo, pero esa pequeña ciudad francesa había sido una etapa fundamental de su incesante peregrinar. Volvían continuamente. Grasse albergaba desde siempre la esencia misma de la tradición perfumera.

Elena había crecido en la ciudad símbolo del perfume, entre los laboratorios donde se destilaban las esencias naturales, las pequeñas tiendas artesanas fundadas hacía siglos y los grandes establecimientos ultramodernos para los que Susanna Rossini

trabajaba con frecuencia. Independientemente del tamaño de los diferentes espacios, en todas partes flotaba una mezcla de olores delicada o penetrante, según la elaboración del momento. En primavera, la ciudad se transformaba. Colores por doquier, y perfumes. Cada uno de ellos significaba una cosa y todos estaban impresos de forma indeleble en su memoria.

Para ella, las rosas eran su símbolo.

Alargó una mano para rozarlas con la yema de los dedos. Eran tal cual las recordaba, con los pétalos sedosos al tacto y el perfume delicado, envolvente.

—Son maravillosas. —En la voz de Monique había una nota de reverencia.

Elena se vio catapultada al pasado.

Era una niña y ante ella se extendían los inmensos campos de rosa centifolia que rodeaban Grasse. Verde por todas partes y capullos marfil, rosa pálido, rosa fuerte, casi púrpura. La fragancia que emanaba de las flores era tan intensa que la envolvía por completo.

Su madre le acaba de soltar la mano para dentrase sola en la rosaleda. Se detuvo casi en el centro, con los dedos entre los pétalos y la mirada lejana, como su leve sonrisa. Después llegó un hombre, que se acercó a ella y, tras un instante en el que se miraron, le acarició la cara. Susanna le rodeó entonces el cuello con los brazos y se abandonó a su beso. Cuando por fin se volvió hacia la niña para indicarle que se acercara, la sonrisa del hombre se había desvanecido, sustituida por una mueca.

Elena, asustada, se fue corriendo.

Esa fue la primera vez que vio a Maurice Vidal, el hombre que se convertiría en su padrastro.

—En septiembre el perfume es diferente. Está más concentrado y lleva el olor del sol y del mar.

—¿El sol? ¿En qué perfume está el sol, Elena?

Cerró los ojos un momento, buscando las palabras precisas.

—Es infinito, caliente, suave. Es como un nido, una cuna acogedora. Es penetrante, pero al mismo tiempo deja la más amplia libertad. El sol acompaña a los perfumes. Por ejemplo, el jazmín: al amanecer su fragancia es más intensa, distinta de la liviana de mediodía, pero después del ocaso, cuando el sol es solo un recuerdo, la flor despide su verdadera alma. No puedes confundirlos, es imposible.

Monique frunció el ceño, observándola con interés.

—Es una definición extraordinaria... No te oía hablar así de un perfume desde hacía muchísimo tiempo.

Una sensación de alarma se propagó bajo la piel de Elena, que se sintió repentinamente vulnerable. Su imaginación se había impuesto a su racionalidad. Se había dejado transportar por los recuerdos y las emociones. Una cosa era jugar con el perfume y otra dejarse poseer por él: debía tenerlo presente, debía llevar cuidado.

—Vayámonos de aquí, Monie, ven —dijo, y se dirigió rápidamente hacia las amplias cristaleras abiertas.

Un mareo la obligó a detenerse. ¿Qué le estaba sucediendo? ¿Sería posible que se tratara de los perfumes?

Siempre había conseguido mantenerlos a raya. Había aprendido pronto a no hacerles caso, relegándolos a un papel marginal. Desde que tenía doce años, siempre había decidido ella cómo y cuándo darles importancia. Los había amado, temido y finalmente dominado.

Esa mañana, en cambio, se dio cuenta de que ellos se habían hecho con el control, arrastrándola tras de sí, obligándola a recordar, a mirar cosas que no quería ver. La llenaban de emociones, eran palabras que le susurraban su verdadera naturaleza, eran conceptos que no quería entender. Era como entonces, cuando, de pequeña, el perfume fluía por su interior y ella lo tomaba por un amigo.

—¿Estás bien, Elena? Tienes una cara que da miedo. No estarás pensando en Matteo, ¿verdad?

Monique la asió de un brazo y la obligó a detenerse.

Elena intentó recuperar el dominio de sí misma. Observó las altas paredes de piedra, siguió sus contornos hasta detenerse en las vigas de acero. Antiguo y moderno. Una mezcla que podía parecer estridente y que, en cambio, poseía atractivo y carácter.

—¿Quieres dejar de mirar las paredes? No pienso dejarte en paz hasta que me contestes.

Elena miró a Monique, movió la cabeza, se echó a reír y se pasó las manos por la cara.

—¿Te han dicho alguna vez que pareces un mastín?

La chica se encogió de hombros.

—*Oui*. —Repiqueteó con la yema de un dedo en el labio inferior—. Se llama carácter, *chérie*. Así que explícame qué te pasa hoy, estás rara.

Un suspiro barrió parte de la tensión entre las dos.

—Son los perfumes, hoy no soy capaz de soportarlos.

Monique, atónita, rompió a reír.

—Es una broma, ¿no? —dijo.

Pero Elena ya no sonreía y tenía los ojos brillantes y cansados.

—Oye —le dijo Monique después de respirar hondo—, necesito tu talento. Me hace falta una nariz, o algo que se le parezca todo lo posible. Me hace falta tu ayuda. Si vuelvo a París sin una creación realmente original, Jacques... Entre nosotros las cosas ya no son como antes, Elena. Quisiera sorprenderlo, quisiera que me respetase.

—Yo no soy una nariz, Monique —replicó, tratando de mantener bajo control la arcada que empezaba a subirle desde el estómago.

Su amiga frunció los labios.

—No, eres mucho más. No te limitas a percibir una esencia, ves a través de ella. El perfume no tiene secretos para ti.

—¿Y crees que eso es una ventaja? —replicó con amargura Elena.

Las palabras habían escapado de sus labios antes de que hubiera podido detenerlas, antes de que hubiera podido reducirlas y esconderlas. Nariz o no, no quería que el olfato gobernara su

vida. Ya se había apoderado de su infancia, y había decidido que sería todo lo que le concedería.

Racionalidad, eso era lo que necesitaba. Debía pensar, debía reaccionar.

En los ojos de Monique había una mezcla de exasperación y paciencia.

—Sí, probablemente sería una ventaja aunque te dedicaras a guardar ovejas. Descubrirías la presencia de zorros por su olor. Pero resulta que eres perfumista, y endemoniadamente buena. Además conoces los perfumes suficientemente bien como para saber indicarme algo único, una composición que haga pensar un buen rato a mi jefe, que le indique una nueva tendencia. Algo que añadir a la producción de Narcissus. No lo digo en broma. Te necesito de verdad. Ayúdame.

Elena miró alrededor. A su espalda, una ligera brisa traía el perfume de Florencia: sabía a tejas cocidas al sol, a sueños y a tradición, a amores susurrados y a esperanza.

Pestañeó varias veces, inspiró y sonrió.

Nunca había sido capaz de plantarle cara a Monique. Su amiga le daba órdenes desde que, de pequeñas, habían competido por primera vez, corriendo con los pies sumergidos en las aguas de los canales del campo provenzal para acabar cayendo la una sobre la otra.

Se conocieron así, entre los matorrales de menta silvestre, a poca distancia de los braceros que recogían las flores. Y desde entonces siempre habían permanecido unidas.

Monique la había llevado a su casa. Jasmine, su madre, que era egipcia, las riñó, las secó y las abrazó, y luego, delante de una taza de té con jengibre y un plato de galletas, las puso en guardia contra las asechanzas que se escondían en aquellos canales. Al frecuentar la casa de Monique, Elena había descubierto lo que significaba tener una verdadera familia. Su amiga le había dado acceso a aquel calor materno y aquella serenidad que Jasmine poseía en abundancia. Había conseguido hacer que se sintiera de la casa, una hermana.

—Bueno, ¿me ayudarás?

—Sinceramente, no entiendo en qué podría serte útil. Conoces todos los pasos de la creación de un perfume y has producido algunos extraordinarios.

Monique frunció los labios.

—Vamos, Elena, las dos sabemos que mis perfumes son sencillos, correctos y populares. El mejor apenas era pasable. Tú, en cambio, eres como un pintor que se obstina en pintar un cuadro con palabras. Al final, el viento se las lleva todas y aparentemente no te queda delante más que un lienzo en blanco. Pero quien ha tenido la paciencia de escuchar lo que has dicho, ha grabado en su mente esa obra. Para mí es lo mismo. Nadie que yo conozca tiene tus aptitudes y tu talento.

—¡Sí, seguro! Un genio que ni siquiera ha conseguido cubrir gastos...

—No saques a relucir la historia del negocio de tu abuela —la interrumpió Monique—. Cerraste la perfumería porque eres la persona más cabezota que conozco. En cuanto al negocio, si hubieras hecho caso de tu instinto en vez de aplicar las reglas anticuadas de Lucia, las cosas habrían ido de otro modo y tú lo sabes. Ya hemos hablado de eso. Y todavía entiendo menos que hasta le dieras voz y voto a Matteo y tuvieras en cuenta sus desvaríos. Ese podía enseñarte como mucho a poner una mesa. —Resopló y miró a su alrededor, nerviosa y enfadada. Al cabo de un momento buscó los ojos de su amiga—. Nunca decidiste nada sobre la gestión de la tienda, la sufriste sin más. Sabes que me gusta decir las cosas como son, Elena. Tú eres una nariz y punto. Y los perfumes que creaste para mí y para mi madre eran realmente únicos. Siguen siéndolo. Y eso es lo que desea la gente: un perfume especial.

—Tú sabes lo mismo que sé yo —replicó Elena con terquedad—. Hemos hecho los mismos estudios, tenemos la misma preparación.

Se desplazó delante de un estante de metal sobre el que se alineaba una serie de frasquitos de diferentes tamaños. El cristal parecía cobrar vida bajo la luz fría que se deslizaba sobre las líneas rectas.

—Puede, pero yo no me he criado en una tienda de especieros. No desciendo de generaciones de perfumeros. Y eso marca una diferencia abismal.

Sí, esa era la diferencia entre ellas.

Monique había tenido una infancia normal: padres presentes, un hermano, dos hermanas, colegio, casa, universidad, novios, y al final un trabajo que le gustaba. Había podido elegir.

Elena, en cierto sentido, también. Había elegido el camino más fácil, el de la obediencia. Había hecho todo lo que le había pedido su abuela, dentro de los límites de lo tolerable. Había estudiado perfumería con aplicación. Sin embargo, en silencio, había empezado a albergar rencor hacia el perfume. Y había acabado cultivando esa intolerancia como se hace con las grandes desilusiones. Con abnegación. Atribuyéndole la responsabilidad de sus propios problemas.

—¿Sabes cuáles fueron las últimas palabras de mi abuela? —Esperó un momento y, animada por el silencio de su amiga, continuó—: «Sigue la estela, no abandones el perfume».

—En los últimos tiempos, Lucia no estaba bien —replicó Monique.

Los labios de Elena se estiraron apenas en una mínima sonrisa.

—Aunque su enfermedad era devastadora, conservó la lucidez hasta el final. No creas ni por un segundo que dijo o hizo algo que no estuviera en sus planes. Lo suyo era una obsesión. La misma que padecieron las demás antes que ella, y también mi madre. Siempre antepusieron el perfume a todo. —Hizo una pausa, buscó la mano de su amiga y la estrechó—. Cerré el negocio porque quería una vida normal, horarios regulares, un hombre al que querer y que me quisiera, e hijos.

—Lo uno no habría excluido lo otro... Habría dependido de ti hacer las cosas de modo que fueran en esa dirección, *n'est-ce pas?*

¡No!

La respuesta estalló dentro de ella. El perfume no era así, ¿cómo era posible que ni siquiera Monique lo entendiese? Era todo o nada.

Y ella lo odiaba. Lo odiaba porque no podía evitar amarlo. Y además había tomado una decisión.

El perfume no era compatible con la vida que había elegido llevar con Matteo. Por esa razón había cerrado el negocio. El perfume, al final, la habría hechizado como había hecho con las otras mujeres de la familia, comprometiendo así sus planes para el futuro. Era ese temor el que la había empujado a alejarse de él definitivamente.

—Pero no quería arriesgarme —contestó.

No, no quería arriesgarse. No quería ceder. No quería siquiera hablar de ello.

—No me parece que haber renunciado a lo que eres te haya hecho feliz.

Elena palideció.

—¿Lo que soy? —Negó despacio con la cabeza—. No, te equivocas —susurró.

—Piénsalo, Elena, desde que cerraste el negocio y te fuiste a vivir con Matteo, ¿has sido en algún momento feliz de verdad? Has renegado de todo lo que sabes y que forma parte de ti para perseguir una idea, algo que creías que podría satisfacerte. Pero has pasado de un extremo al otro. ¿Era esta la vida que querías?

No, claro que no lo era. Pero en cualquier caso era mejor que quedarse mirando, ¿no?

—Lo he intentado. ¡Creía en ello y lo he intentado! —exclamó.

Monique la miró. Frunció los labios y sonrió.

—No es eso lo que te he preguntado. Pero da igual, dejemos ahora a un lado estas reflexiones tristes y concentrémonos en lo que tenemos que hacer. Porque vas a ayudarme a encontrar el perfume para Narcissus, ¿verdad?

—Sí, claro.

Elena asintió mecánicamente. Pero lo que le había dicho Monique siguió resonando en su interior.

¿De verdad había renunciado a lo que era?